

*Escrituras Impolíticas.*

*Anti-representaciones de la comunidad en  
Juan Rodolfo Wilcock, Osvaldo Lamborghini  
y Virgilio Piñera*

KARINA MILLER

ISBN: 1-930744-66-8

© Serie *Nuevo Siglo*, 2014

INSTITUTO INTERNACIONAL DE  
LITERATURA IBEROAMERICANA

*Universidad de Pittsburgh*

1312 Cathedral of Learning

Pittsburgh, PA 15260

(412) 624-5246 • (412) 624-0829 fax

[iili@pitt.edu](mailto:iili@pitt.edu) • [www.iilionline.org](http://www.iilionline.org)

---

*Colaboraron en la preparación de este libro:*

Composición y diseño gráfico: Erika Arredondo

Correctores: Hernán Medina, Jorge Tapia

## Índice

Agradecimientos .....	5
Introducción	
Escape del antagonismo de los <i>sixties</i> .....	7
I. Objeto y método .....	7
II. Escenas hegemónicas .....	9
III. Contextos .....	16
IV. Antagonismos .....	21
CAPÍTULO I	
<i>Wilcock en su Isla</i> .....	37
I. Estupidez y soledad .....	37
II. Metamorfosis .....	44
III. Estúpidos Ángeles .....	56
CAPÍTULO II	
<i>Piñera preferiría...</i> .....	75
I. Miedo, <i>parrhesia</i> y anti-heroísmo .....	75
II. El chicle, la canasta y los capuchones .....	84
III. Inactividad e improductividad .....	91
IV. Aburrimiento .....	98

CAPÍTULO III

<i>Lamborghini</i> mediante .....	113
I. Política y moral .....	113
II. Sentimientos desagradables .....	126
III. Lengua y “tin-tín” .....	134
Bibliografía .....	145

## *Agradecimientos*

Ana María Amar Sánchez ha sido a lo largo del proceso de gestación de este libro una interlocutora invaluable. Por su amistad, su confianza y su apoyo intelectual estoy eternamente agradecida. Agradezco profundamente a mi amiga María Cisterna, con la que comparto años de cotidianas charlas telefónicas sobre el trabajo y sobre la vida y cuya amistad me acompaña en los “upandowns”, siempre. Erin Graff-Zivin por sus agudas lecturas y las lentas tardes sandieguinas que pasamos tomando café y escribiendo en Ipe.

Creo fervientemente que el trabajo intelectual no es una actividad solitaria y no puede existir sin el intercambio de ideas y el diálogo constante con los colegas. Tuve la suerte de contar con lecturas y comentarios de colegas y amigos generosos: Luis Avilés, Mariano Siskind, Fernando Degiovanni, Emily Macguire, Natalie Bouzaglio y Jacques Lezra aportaron críticas y sugerencias fundamentales para la maduración y el crecimiento de este libro. A todos ellos: gracias. Agradezco también a Juan Duchesne Winter por su confianza en mi trabajo.

A mis amigos de Buenos Aires: Leticia Schilman y Mariano Mucci que son “my home away from home”, Andrea Knight por los millones de años luz y las metamorfosis que compartimos juntas, a Martín Eliano por el tráfico internacional de libros y a María Ucedo por las trasnochadas noches tratando de descifrar (inútilmente) el sentido de la vida.

A mis hijos, Nina y Nolan, por ser los chicos más lindos del mundo.

A Rolo, por tantas, tantas cosas, que no caben en palabras y por su indestructible sentido del humor.



## *Introducción*

### *Escape del antagonismo de los sixties*

*Politics, before all else, is an intervention  
in the visible and the sayable.*

Jacques Rancière, *Dissensus*

*No sé si figuramos en el libro de los verdugos  
o de los verdugueados.*

Oswaldo Lamborghini, *El fiord*

#### I. OBJETO Y MÉTODO

¿Cómo pensar la relación entre lo político y la literatura? ¿Cuál es la importancia de indagar en esta relación en el presente? ¿Cómo se articula una teoría de la soberanía del Estado con la invención literaria? Este trabajo sostiene la necesidad teórica de examinar esta relación, especialmente en contextos en donde lo político –concebido como la diferencia amigo-enemigo– se impone como discurso hegemónico. Propongo explorar escrituras que evaden el paradigma de “compromiso” de los años sesentas y setentas en América Latina para argumentar que la proliferación de afectos y experiencias negativas (soledad, estupidez), sentimientos desagradables (asco, *stuplimity* y violencia sexual) y figuras de negación de la comunidad (metamorfosis, apatía) crean lo que denomino *distopía afectiva*, la cual niega el mito de la comunidad como plenitud y deviene en estrategia de escape de la moralización del antagonismo de lo político. Los “monstruos” solitarios de Wilcock que interrumpen la funcionalidad de la comunidad, los personajes alienados e incapaces de comunicarse y relacionarse con el prójimo de Piñera, los intercambiables “verdugos” y “verdugueados” de Lamborghini son leídos aquí como índices de esta distopía.

*Escrituras Impolíticas* aborda los textos desde dos líneas teóricas principales: por un lado, la categoría de lo impolítico de Roberto Esposito; y por otro, la perspectiva de Jacques Rancière que identifica a las “políticas

de la literatura” como intervención en lo sensible, lo decible y lo inteligible y no así en las filiaciones políticas *explícitas* de los escritores o de los textos. Teniendo en cuenta la articulación de estas dos líneas de lectura, planteo que las escrituras de Wilcock, Lamborghini y Piñera, operan de manera (im)política, término cuyo paréntesis propongo como manera de remarcar que lo impolítico *funciona dentro de los límites de la política* sin por eso responder a las exigencias hegemónicas de lo político como lógica de eliminación del enemigo. No se trata entonces de un trabajo de “despolitización” de la literatura, sino de una redefinición de lo político que no se funda en una operación moralizante, entendida como justificación del exterminio del otro.

En los años sesentas la sobre-politización del campo cultural determinó –y demandó– el compromiso de lo literario, su responsabilidad de intervención política explícita. La paradoja que plantea la literatura comprometida se formula por la exclusión de su potencial literario (su autonomía) a favor de la inclusión de lo político; ésta consiste en que la autonomía literaria debe pre-existir a la decisión del compromiso político con el fin de excluirse ella misma de la ecuación literatura-política. Podríamos afirmar entonces que en estos años –y en el contexto específico en el cual la Revolución representó un horizonte político inevitable– la literatura asumió una responsabilidad política que *equiparó compromiso político con compromiso ético*.

Este libro explora textos que evaden insistentemente la representación de esta responsabilidad, construyendo lo que llamo *distopía afectiva* basada en la proliferación de afectos negativos, de emociones y estados que niegan la comunidad como plenitud y facilitan el escape del antagonismo de lo político hacia formas críticas más ambiguas, pero no por eso menos políticas. Mi propuesta es plantear preguntas que fueron muy difíciles de pensar en un momento en el cual el antagonismo amigo-enemigo parecía ser la única opción ética y política para una crítica emancipadora. No es mi intención revertir este antagonismo ni tampoco someterlo a un escrutinio moral trasladado al presente; me interesa reflexionar –después del colapso de las utopías y la masacre de toda una generación por el terrorismo de Estado– en las posibilidades de una lectura alternativa que

aborde la literatura como práctica fuera de moralización de la lógica bélica hegemónica, pero *no por eso excluida* de la política. Esta interrogante puede ser trasladada, quizás, a una más vasta sobre el rol de la literatura después de la caída de las utopías.

*Escrituras Impolíticas* dialoga indirectamente con una serie de debates y replanteos actuales sobre la lucha armada que en los años sesentas y setentas se presentó como única herramienta política efectiva. Estos debates reexaminan la función de la memoria histórica, la ideología, la voluntad militante y –en un giro reciente en la teoría y en el cine– los afectos como nuevos índices que permiten explorar de manera diferente la validez del concepto de hegemonía y el vínculo entre experiencia personal, testimonio y memoria. En este contexto creo que la literatura (y la cultura en general) es un campo lo suficientemente dinámico para poder ser interrogado de manera diferente y productiva según su contexto de lectura. Sigo entonces el planteo de Borges en “Pierre Menard, autor del Quijote”, que postula que las mismas palabras no pueden ser leídas de la misma manera (en este caso) más de treinta años después de haber sido escritas. Las escrituras impolíticas que nos ocupan aquí parecen darnos la clave para esta lectura: manifiestan una distancia crítica con respecto a su propio contexto de producción, y producen un efecto de desfamiliarización que resuena hasta el presente. Propongo entonces explorarlas a partir de la categoría de lo impolítico a la cual le agrego el suplemento de un paréntesis para señalar que lo (im)político participa de manera a la vez crítica y paródica de la lógica de lo político evitando ubicarlo en el terreno de la moral. De esta manera procuro recuperar la distancia afectiva y el extrañamiento político que aparece insistentemente en estos textos con el fin de plantear nuevas posibilidades de lectura, de reflexión y de entendimiento *en el presente*.

## II. ESCENAS HEGEMÓNICAS

El 30 de Marzo de 1949 se realizó un Congreso Nacional de Filosofía en la ciudad de Mendoza que contó con la asistencia y el apoyo de

pensadores de prestigio nacional e internacional como Carlos Astrada, Karl Jaspers, Benedetto Croce, Martin Heidegger (quien no pudo asistir al congreso pero mandó una nota), José Vasconcelos, Julián Marías, entre otros. El entonces presidente de la nación Juan Domingo Perón clausuró el Congreso con una conferencia que tituló “La Comunidad Organizada” y que formó parte de la plataforma doctrinaria del Movimiento Justicialista. Al término de una extensa recorrida histórica y filosófica que contextualizó su propuesta política, Perón leyó a los presentes:

Nuestra comunidad tenderá a ser de hombres y no de bestias. Nuestra disciplina tiende a ser conocimiento, busca ser cultura. Nuestra libertad, co-existencia de las libertades que procede de una ética para la que el bien general se halla siempre vivo, presente, indeclinable. El progreso social no debe mendigar ni asesinar, sino realizarse por la conciencia plena de su inexorabilidad. La náusea está desterrada de este mundo, que podrá parecer ideal, pero que es en nosotros un convencimiento de cosa realizable. Esta comunidad que persigue fines espirituales y materiales, que tiende a superarse, que anhela mejorar y ser más justa, más buena y más feliz, en la que el individuo puede realizarse y realizarla simultáneamente, dará al hombre futuro la bienvenida desde su alta torre con la noble convicción de Spinoza: “Sentimos, experimentamos, que somos eternos”. (Perón, *La comunidad organizada* 43)<sup>1</sup>

La comunidad organizada se presenta como un paraíso realizado en donde el bien general, el progreso social, lo material y lo espiritual, la felicidad, la justicia y la cultura se conjugan en futuro. La insistencia en los términos “realizarse” y “realizable” buscan apoyar la afirmación de su propia inexorabilidad y la imagen de la “alta torre” desde donde se da la bienvenida al hombre del futuro, y asimismo coronar la sensación de eternidad, de trascendencia, que la ubica a medio camino entre realidad y utopía, entre presente y futuro. Condensa las características de lo que Phillip Wegner llama narración utópica, la cual concibe el presente en términos de futuro como algo incompleto que siempre está por venir

---

<sup>1</sup> En este discurso Perón enuncia la posición del justicialismo con respecto a otros programas políticos y filosóficos (el marxismo, el capitalismo, el cristianismo, etc.). Cuando enuncia “nuestra” comunidad se refiere a la sociedad ideal justicialista y a sus fundamentos morales, como conjunto de valores que sostienen el dogma justicialista. También elabora la idea de la “Tercera Posición” que ubica al Peronismo como punto equidistante del marxismo y el capitalismo.

(xix). En la narrativa de la utopía y en el discurso de la comunidad se articulan ficción y política, creando una “ficción política” en la cual la comunidad constituye un nudo problemático de representación ya que a la vez que construye una idea de plenitud, performativiza también su manera de estar siempre incompleta. Desde arriba, desde “su alta torre”, la comunidad organizada (y realizada) dará su bienvenida al “hombre del futuro” y en este acto, que se traduce en un deseo de eternidad y trascendencia, crea al mismo tiempo la paradoja de su condición de posibilidad y de imposibilidad.

El fragmento del discurso de Perón pone en escena el acto hegemónico que funda el mito de la comunidad, su ficción de origen y trascendencia. Me detengo en esta escena porque condensa los temas y los problemas que construyen nuestro *corpus*: la relación entre ficción y política, y más específicamente, la representación de la comunidad como eje problemático de esta articulación. Si, como afirma Ernesto Laclau, “The political operation per excellence is *always* going to be the construction of a ‘people’” (ctdo. en Beasley-Murray 46; énfasis en el original), ¿es posible entonces afirmar que la operación impolítica por excelencia radica justamente en su reverso, en la deconstrucción de la comunidad?

*Escrituras impolíticas* responde a una pregunta principal: ¿Fue posible para la literatura latinoamericana de los años sesentas y setentas escapar de la lógica de lo político como antagonismo amigo-enemigo sin abandonar el terreno de la política? Propongo que sí. El abordaje de los textos del *corpus* desde la categoría de lo impolítico me permite una lectura de aquellas escrituras que en sus diversos contextos de producción, caracterizados por una fuerte retórica política del “nosotros-ellos”, elaboraron una estrategia de escape a este antagonismo. Con el término político quiero remarcar una diferencia conceptual entre la política y lo político: el primero refiere al campo empírico en el cual se ejercen las prácticas y las instituciones políticas concretas, mientras lo político pertenece al nivel de lo “ontológico”, es decir, la dimensión antagonica que es constitutiva y fundamento de lo social (Mouffé 9). Esta diferencia nos permite indagar en una dimensión de sentido de la literatura que, si bien la relaciona

con ciertas prácticas políticas e institucionales, adquiere significación fundamentalmente en su relación con una retórica de lo político como lógica bélica hegemónica.<sup>2</sup>

Me interesa explorar las implicancias éticas de un escape de lo político con el fin de abrir una lectura que pueda también pensar el presente por fuera de las dicotomías moralizantes que trasladan el antagonismo de lo político a la lucha bien vs. mal. Así, este trabajo explora ciertas formas de “anti” representación de la comunidad que se expresan en afectos y experiencias negativas: la violencia, la soledad, el miedo, el asco, la apatía, el aburrimiento y la estupidez, entre otros.<sup>3</sup> Como método de trabajo indago en textos literarios y fragmentos de discursos políticos que se recortan como escenas o “índices”; es decir, algo que es interpretable sin que necesariamente siga un principio fiel de representación con su referente. Charles Peirce da como ejemplos de índices un golpe en la puerta o una explosión tremenda que “indica que algo considerable sucede, aunque no sepamos exactamente cuál es el evento, pero puede esperarse que se conecte con alguna otra experiencia” (50). En este sentido me interesa indagar en fragmentos de discursos del campo político y social, sin buscar una correspondencia directa en el texto literario, sino precisamente como eventos que se conectan con representaciones de experiencias en los textos.

---

<sup>2</sup> Pierre Rosanvallon expande la noción de lo político a “un campo y un trabajo”. Rosanvallon aclara: “Como campo, designa un lugar donde se entrelazan los múltiples hilos de la vida de los hombres y las mujeres, aquello que brinda un marco tanto a sus discursos como a sus acciones. Remite al hecho de la existencia de una ‘sociedad’ que aparece ante los ojos de sus miembros formando una totalidad provista de sentido. En tanto que ‘trabajo’, lo político califica el proceso por el cual un agrupamiento humano, que no es en sí mismo una simple ‘población’, toma progresivamente los rasgos de una verdadera comunidad. Una comunidad de una especie constituida por el proceso siempre conflictivo de elaboración de las reglas explícitas o implícitas de lo participable y lo compatible y que dan forma de vida a la *polis*” (16; énfasis en el original).

<sup>3</sup> No es posible definir la estupidez más que como un estado ubicuo: ni afecto, ni emoción, ni sentimiento, es una condición del pensamiento, o la falta de éste, que es al mismo tiempo material (afecta los cuerpos) y abstracto (afecta la razón). Es objeto de diversas disciplinas como la medicina, psicología, literatura, filosofía, política, moral, ética, y la historia. Me interesa la estupidez como “afecto” que “afecta” los cuerpos y que postula una relación entre éstos y el poder, y por extensión entre la ética y política, el presente y la historia, la apatía y la acción.

Esta lectura “indicial” se impone como metodología de lo (im) político, ya que no sólo intenta dar cuenta de un aspecto hegemónico de la literatura sino también y fundamentalmente, de su capacidad y potencial no-hegemónico. De esta manera los índices no nos remiten a una narrativa política inmanente en el objeto literario o, en palabras de Peirce, “no tienen ninguna relación significativa con sus objetos” ya que “se refieren a individuos, a unidades singulares, a colecciones de unidades singulares”. Lo fundamental en este caso es la capacidad implícita del índice de negar la universalidad de lo concreto, es decir, evadir el poder hegemónico de la representación.<sup>4</sup> Las escenas de soledad, aburrimiento, asco, miedo, estupidez –entre otras– son índices de la negativa a narrar la política como experiencia totalizadora que apunta a un horizonte político utópico y al mismo tiempo realizable; “fuerza a los ojos de B a volverse a esa dirección” señala Peirce, nos indican precisamente lo (im)político de las escrituras que nos ocupan (60-61).

Mi investigación se inserta, por un lado, en los debates actuales sobre las posibilidades o imposibilidades de la ideología como elemento de cohesión y consenso político, que involucran argumentos a favor de los afectos (v.gr. *Posthegemony*, Jon Beasley-Murray; *El lenguaje de las Emociones: Afecto y Cultura en América Latina* editado por Mabel Moraña e Ignacio Sánchez Prado).<sup>5</sup> Se nutre, además, de propuestas teóricas que exploran la productividad crítica de afectos negativos, explícitamente amorales, que devienen en *locus* de “lucha simbólica”, tal como lo señala Sianne Ngai en *Ugly Feelings* (2005).

Por otro lado, este trabajo conversa (aunque muy indirectamente) con un replanteo crítico a la hora de pensar la memoria y la historia; en

---

<sup>4</sup> Agradezco a Jacques Lezra el comentario sobre la relación entre el índice y la negación de la universalidad de la representación.

<sup>5</sup> Para el debate sobre la validez de los argumentos de *Post-Hegemony* véase (entre otros) Yannis Stavrakakis: “Discourse, Affect, *Jouissance*: Psychoanalysis, Political Theory and Artistic Practices”, en <http://www.sanatvearzu.net/pdf/IJZS-Stavrakakis.pdf>; Gastón Gordillo: “Affective Hegemonies”, en [http://posthegemony.files.wordpress.com/2011/04/gordillo\\_hegemonies.pdf](http://posthegemony.files.wordpress.com/2011/04/gordillo_hegemonies.pdf); Adam Morton: “Importuning Gramsci”, en <http://adamdavidmorton.com/2013/02/importuning-gramsci/>.

especial, la reevaluación de los sucesos políticos relacionados con la lucha armada en los años posteriores a la dictadura de Onganía en Argentina y la militarización de la guerrilla urbana influenciada por la teoría de foco de Ernesto “Che” Guevara. Me refiero a la enorme cantidad de libros, biografías históricas y ensayos publicados recientemente sobre los fundamentos ideológicos de la guerrilla, sus mecanismos de militarización y la relación arte-política, entre los cuales destaco algunos ejemplos de enfoques heterogéneos: *Sobre la violencia revolucionaria* (2009) de Hugo Vezzetti, *Política y/o violencia* (2013) de Pilar Calveiro, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina* de Gabriel Rot (2010), *Del Di Tella a Tucumán Arde* de Ana Longoni y Mariano Mestman (2002), y a películas y documentales que trabajan el mismo tema desde diferentes perspectivas como *Infancia clandestina* (2011) de Benjamín Ávila, *Machuca* (2004) de Andrés Wood, *Kamchatka* (2002) de Marcelo Piñeyro, *En ausencia* (2002) de Lucía Cedrón, entre otras. A este debate se suma la intensa polémica generada por la carta de Oscar del Barco “No matarás” (*El interpretador* 2004) que plantea las responsabilidades internas de las consecuencias de la violencia en los grupos de resistencia armada.

Teniendo en cuenta este contexto de producción cultural e intelectual, propongo pensar la representación de los afectos, emociones y sentimientos negativos de los textos de nuestro *corpus* como una alternativa que desarma los discursos hegemónicos de lo político como lógica bélica y cuestiona una posición de “compromiso” que impone la jerarquización de la política por sobre la literatura.<sup>6</sup> En las narrativas que considero aquí los afectos representan un suplemento de sentido que escapa a la lógica de lo político; representan un modo de significación que va más allá de un abordaje hegemónico basado en la moralización de antagonismos que —propongo— resulta *ineficaz* para una crítica actual de las producciones ficcionales en América Latina.<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> Me refiero a la noción de compromiso del existencialismo sartreano que tuvo gran influencia en el campo intelectual de los *sixties*. Véase *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina* de Oscar Terán.

<sup>7</sup> Para la relación política-afectos véase la introducción del volumen *Política de los afectos y emociones en producciones culturales de América Latina*, editado por María Cisterna y Karina Miller, de próxima aparición en la *Revista Iberoamericana*.

Mi análisis no se plantea ni ser exhaustivo con una época ni se propone encontrar características comunes para clasificar a las escrituras que nos ocupan; se interesa más bien en el funcionamiento de ciertos mecanismos y estrategias de representación de la comunidad en las escrituras de Juan Rodolfo Wilcock, Osvaldo Lamborghini y Virgilio Piñera y en cómo éstos funcionan con respecto a la lógica antagónica de lo político concebida por Carl Schmitt. Es por eso que las escrituras que nos ocupan, si bien adquieren especificidad de sus condiciones políticas de producción, operan a su vez como “maneras de redistribución de lo perceptible” –tomo aquí prestada aquí la idea de Jacques Rancière– que conciben la dimensión política de la literatura como modo de intervención que vuelve relevantes ciertos objetos, sujetos y maneras de hacer inteligible el mundo.<sup>8</sup> Desde la perspectiva del pensador francés una “política de la literatura” no se constituye en el compromiso político (ni del escritor ni de la escritura), sino en la manera que tiene la literatura de relacionar las prácticas, sus formas de visibilidad o “decibilidad” y los modos de inteligibilidad que éstas suponen. Es decir, las “políticas de la literatura” hacen posible una nueva relación entre lo visible y lo decible, poniendo de relieve sujetos y espacios políticos que permanecían ocultos o en silencio.

Mi lectura, entonces, indaga de qué manera estas escrituras eluden, por un lado, las exigencias que requerían de la literatura un compromiso político traducido en una toma de posición frente al antagonismo nosotros-ellos; y por otro, postula que éstas escapan a esta lógica bélica *sin abandonar el terreno de la política*, “redistribuyendo lo perceptible”, haciendo aparecer otros sujetos y objetos de la política en la representación insistente de afectos negativos y en la “anti” representación de la comunidad.

---

<sup>8</sup> Para Rancière: “[...] it is possible to theorize about the politics of literature ‘as such’, its mode of intervention in the carving up of objects that form a common world, the subjects that people the world and the powers they have to see it, name it and act upon it” (*The Politics of Literature* 7).

### III. CONTEXTOS

El amplio espectro cronológico e histórico de producción de los textos analizados aquí va desde los años cincuenta (Wilcock y Piñera) a los ochenta, en los cuales Lamborghini escribió sus últimos trabajos.<sup>9</sup> En esta segunda parte del siglo XX el mundo occidental, ya sacudido por dos guerras mundiales y por el horror del nazismo, se vio amenazado por el “nuevo enemigo” del comunismo y, como lo nota Susan Buck-Morss, por el binarismo discursivo totalitarismo vs. democracia de la Guerra fría (xiii). Lo que Eric Hobsbawm denomina “The Short Twentieth Century” (el período que va desde la primera guerra mundial hasta el colapso de la U.R.S.S) fue en Latinoamérica una época marcada por la Revolución Cubana y las sucesivas dictaduras militares que hicieron del terrorismo de Estado su política corriente (5). Podríamos denominar, tomando prestada la expresión de Hobsbawm, al período de producción de los textos del *corpus* como un “sándwich histórico” que abarca el primer Peronismo, la Revolución Cubana, y culmina en la dictadura militar del ‘76 al ‘83 en la Argentina.<sup>10</sup>

Es necesario aclarar que no se trata de asimilar estos tres momentos políticos tan diferentes en sus variedades ideológicas, históricas y sus diferentes políticas de Estado. Cada uno de estos tres escritores, sin embargo, cristaliza un modelo, una figura que condensa lugares de referencia de la historia y la cultura de Latinoamérica: la figura del escritor de *elite* cosmopolita (y antiperonista) exiliado en Wilcock, la del homosexual autoexiliado en su propio país y crítico de la revolución en

---

<sup>9</sup> Wilcock publicaba ya en los años 40 poesía neorromántica, que no será el objeto de estudio de este libro.

<sup>10</sup> En la lectura de Hobsbawm, “In this book the structure of the Short Twentieth Century appears like a sort of triptych or historical sandwich. An Age of Catastrophe from 1914 to the aftermath of the Second World War was followed by some twenty-five or thirty years of extraordinary economic growth and social transformation [...]” (6). De la misma manera, en nuestro *corpus* el primer Peronismo, la Revolución Cubana y la dictadura argentina del ‘76 podría considerarse un tríptico histórico, aunque en absoluto asimilable en sus diferencias ideológicas y sus circunstancias políticas particulares, pero sí como puntos de referencia para leer el cruce entre literatura y política.

Piñera, y la del marginal, provocador y maldito en Lamborghini.<sup>11</sup> Cada uno de ellos representa, además, lugares comunes que, como analiza Silvia Kurlat Ares en la figura del escritor ficcional Balbastro, son núcleos de referencia centrales en la narrativa latinoamericana desde los años cincuenta, y permiten, por lo tanto, articular diversos campos de análisis: intelectual, social, cultural, político.<sup>12</sup> En sus irreductibles diferencias, las obras del *corpus* tienen en común, por un lado, la importancia de la articulación entre literatura y política; y por el otro, la reelaboración del binarismo discursivo y su reproducción irónica en sus versiones locales y universales de civilización/barbarie, Peronismo/Anti-Peronismo y político/antipolítico hasta la exasperación, que los hace insostenibles.<sup>13</sup>

El lapso desde fines de los cincuenta a los ochenta ha sido, además, testigo del debate de los nuevos sujetos revolucionarios, así como de la voluntad de politización cultural y de transformación de la sociedad, en que la “cultura y la política en el continente hallaban finalmente ese estado inaugural” (Gilman 29-30). Este período concentra dos características fundamentales en la formación de un canon latinoamericano: por un lado, el protagonismo del escritor (y de la idea, o más bien el ideal) de Latinoamérica como objeto de debates y “lugar de enunciación y práctica para el intelectual comprometido” (78) que se materializó, entre otras cosas, en una red de revistas y de prestigiosos premios literarios.<sup>14</sup> El escritor,

<sup>11</sup> En esta simplificación los “tipos” de estos escritores apuntan a la conexión con su contexto político. Por ejemplo, la mención a la homosexualidad de Piñera se enfoca en su relevancia política en la Cuba revolucionaria. De la misma manera que la sexualidad de Wilcock no resulta relevante para este análisis, en Lamborghini la sexualidad constituye un significante fundamental de su escritura que toma nuevos sentidos si es leída desde de su contexto político de producción, y por lo tanto, es un índice a considerar desde esta perspectiva de lectura.

<sup>12</sup> “Justamente, José Máximo Balbastro pudo ser reconocido y aceptado porque condensaba todas las operaciones de la intelectualidad argentina”. Kurlat-Ares se refiere al escritor inventado por Jorge Dorio y Martín Caparrós a mediados de los ochenta en el programa “El monitor argentino” (15).

<sup>13</sup> Para Kurlat-Ares tres fueron también los eventos que marcaron el clima político-cultural de la Argentina desde fines de los años cincuenta: la Revolución Cubana de 1959, el golpe de Estado contra Perón del '55 y la publicación de la revista *Contorno* (1953-1959), opuesta a la posición ideológica de la revista *Sur* (221).

<sup>14</sup> Gilman trabaja los años sesenta y setenta pero debemos aclarar que 1959, año de la Revolución Cubana, entraría también en el análisis de los 60. Wilcock publica sus relatos en esa época: *El caos*

convertido ya en la figura del intelectual, sufrió una transformación gradual dada por su creciente rol crítico en los medios de comunicación y la importancia y visibilidad de su opinión respecto al clima político-cultural de la época. Por otro lado, la polémica sobre la función de la literatura, materializada en la dicotomía estética-revolución, se reflejó en una marcada tendencia anti-intelectual (en su alternativa revolucionario-burgués); esta dicotomía se extendió también a las discusiones sobre los valores estéticos de los diversos géneros literarios (Gilman 308). La discusión sobre las cualidades revolucionarias del realismo así como la oposición vanguardia “decadente” vs. literatura de compromiso social puso de relieve la pregunta por el papel del intelectual como agente de acción política o de experimentación estética (331).

Me interesa remarcar cómo la coyuntura histórico-política del *corpus* (en Latinoamérica y en el mundo) está atravesada por discursos que se organizan en torno a dicotomías ideológicas que ponen en escena el rol del escritor y la literatura en relación a la realidad social. En este sentido, la literatura no permanece ajena al clima político que organiza la sociedad en polos opuestos. Sin embargo, en las escrituras que analizamos aquí aparece una constante paradójica: la negación a sostener la dicotomía nosotros/ellos, o su alternativa amigo/enemigo. Por lo tanto, se vuelve imperativo explorar las estrategias discursivas que se despliegan con el propósito de escapar a esta dicotomía y, en particular, estudiar de qué manera la negación de la representación de la comunidad como plenitud (aglutinadora y productora de identidades e identificaciones) se impone como una metáfora a la negación de lo político como escenario de combate y exterminio del enemigo.<sup>15</sup>

En el contexto posterior a la Revolución Cubana, la política proveyó especificidad a lo artístico y determinó los usos políticos de lo literario,

---

en italiano en 1960 (editorial Bompiani), en español en 1974 (Sudamericana), *El estereoscopio de los solitarios* y *La sinagoga de los iconoclastas* en 1972 (Adelphi).

<sup>15</sup> Me refiero a la idea de plenitud que maneja Laclau en *La razón populista*: “[...] la identidad popular expresa/constituye –a través de demandas insatisfechas– la plenitud de la comunidad que es negada, y como tal, permanece inalcanzable; una plenitud vacía, si se quiere” (137).

o bien como lugar de lucha o como terreno pedagógico o formativo. La lógica que jerarquiza lo político y la política frente a la literatura está naturalizada, incluso, en lecturas contemporáneas de los textos de estos años, como si a pesar de la experiencia que permite evaluar *a posteriori* las imposibilidades de la literatura frente a las exigencias de la política, se continuara con cierto imaginario moral que ubica a lo político en el lugar de lo ético. Desde esta perspectiva, la literatura latinoamericana del período encuentra su efectividad en su función ideológica que se traduce en variantes a favor o en contra, de vanguardia o realista, burguesa o proletaria, comprometida o apolítica. De cierta manera, esta lectura se extiende a la idea de una necesidad de formación de consciencia de la identidad latinoamericana en sí. Es decir, contribuye a la continuación de un discurso basado en la necesidad inmanente de la existencia (y la comprobación de esa existencia) de una identidad común, realizada *en y por* la intersección de literatura y política, que continúa aún en el presente en algunas tendencias del campo de estudios latinoamericanista. Esta perspectiva crítica se construye para darle coherencia a un concepto inmanentista del objeto y el campo de estudio “cultura latinoamericana”, arraigado tradicionalmente en una estructura antagonica (especialmente el binomio subalterno-hegemónico) que se nutre de la misma lógica de lo político que este trabajo intenta desarmar mediante un enfoque que podríamos llamar “indicial”-impolítico, el cual busca menos narraciones identitarias o propuestas totalizadoras que indicios, escenas, representaciones insistentes que se conecten con experiencias significantes o con preguntas posibles.<sup>16</sup>

---

<sup>16</sup> En este sentido debo señalar que hay una variedad de trabajos que se desvían de la línea antagonica que podríamos identificar genéricamente como dominados-dominantes del Latinoamericanismo (otros binarismos incluidos en éste serían subalternidad-hegemonía; identidad-diferencia; hegemonía-posthegemonía o ideología-afectos). Algunos ejemplos (no exhaustivos) de estas otras perspectivas son: *Instrucciones para la derrota. Narrativas éticas y políticas de perdedores* (Anthropos, 2010), de Ana María Amar Sánchez, que analiza la figura del perdedor y “la apuesta a la derrota” como posición ética en novelas latinoamericanas y españolas. *Exilio en el espacio literario argentino de la posdictadura* (Támesis, 2013), de María Inés Cisterna Gold, que re-examina la experiencia del exilio como “parte integral del marco simbólico que constituye al sujeto, más que como lugar de resistencia desde el cual se lucha en contra de discursos hegemónicos” (6). *Cosmopolitan Desires: Global Modernity and World Literature in*

La determinación de lo político, que desde el siglo XIX comienza a organizarse en antagonismos discursivos particulares o nacionales, toma un cariz utópico en los sesentas con la posibilidad de Latinoamérica socialista, el “hombre nuevo” como protagonista y resultado de esa utopía y la consiguiente apropiación del futuro como correlato de la universalización de la ideología de la Revolución Cubana. Con la Revolución, entonces, Latinoamérica entra en el orden mundial como amenaza y como promesa de un nuevo protagonismo histórico. Pero además reorganiza el imaginario de lo político nombrando al imperialismo (que ya había sido figurado por José Martí y otros) como amenaza y, por lo tanto, organizando este antagonismo menos por un eje geográfico que ideológico.<sup>17</sup> En este orden de cosas, la idea de Latinoamérica y la idea de la Revolución son inseparables. Latinoamérica se constituye en el antagonismo de lo político como un “nosotros” universal. Esta operación es la clave de un discurso hegemónico que se desborda y determina la esfera de la cultura, a la cual le exige un compromiso de continuidad y legitimación.

Sin embargo, las escrituras de nuestro *corpus* trabajan con el absurdo y el exceso del antagonismo de lo político y con la imposibilidad de su representación. La categoría de lo impolítico como abordaje teórico abre una relectura crítica de los supuestos ideológicos hegemónicos de esos años y explora la reelaboración de estos supuestos en la literatura. Ésta conceptualización me permite, además, descartar la caracterización de estas escrituras como anti-políticas o apolíticas ya que, como aclara Esposito, lo “anti” coincide con la política no como su contrario, sino como su

---

*Latin America* (Northwestern University, 2014) de Mariano Siskind, que aporta una mirada productiva con su propuesta que se desvía del concepto de hegemonía incorporado por la crítica literaria tradicional; vale la pena citar a Siskind: “The ideas of coercion and consent embedded in the concept of hegemony presuppose and active agency on the part of peripheral cultures in the enterprise of universalizing the novel. [...] In other words, the globalization of modernity and its institutions in the nineteenth century implied both the threat of (neo) colonial oppression and the promise of emancipation.” (33)

<sup>17</sup> Claudia Gilman señala: “La fundación deliberada de un nuevo marco de relevancia geopolítica se tradujo en la referencia continental como espacio de pertenencia de los intelectuales latinoamericanos. Este latinoamericanismo se insertaba, además, dentro de una solidaridad tercermundista. Este recorte del mundo de pertenencia buscó unir la cultura y la política en un concepto superador de fronteras las nacionales [...]” (27).

“imagen invertida” porque opera en su misma modalidad antagónica: “la contraposición, el contraste, la enemistad –que caracteriza en forma primordial a la política” (*Categorías de lo Impolítico* 12).

De la misma manera, nuestro *corpus* tampoco puede ser definido como apolítico porque si bien el conflicto político es representado de manera más o menos indirecta, paródica e irónica, no es por eso neutralizado en lo que Esposito señala como: “neutralización política del conflicto: política de la neutralización” (14), es decir, el conflicto no se neutraliza, sino más bien se re-semantiza. Lo impolítico limita la trascendencia de la política sin negarla, afirmando que “no hay otra política que la política” (15) y, por lo tanto, que ésta no puede trascenderse en un fin, en un destino, en una utopía. Como consecuencia las escrituras impolíticas niegan la correspondencia entre bien y poder, evadiendo también así la conjunción entre teología y política. De esta manera, la categoría de lo impolítico nos permite hacer ciertas preguntas que la lógica de lo político excluye: ya no se trata solamente de identificar la diferencia nosotros-ellos, sino de cuestionar la figura del enemigo –siempre disponible, siempre maleable– en sí misma, como estructura y aparato de exterminio real o simbólico.

#### IV. ANTAGONISMOS

*How does a question come to be considered philosophical  
or political or social or aesthetic?*

Jacques Rancière

En el primer discurso que dio Fidel Castro al llegar a la Habana el 8 de enero de 1959, dice al pueblo:

La Revolución tiene ya enfrente un ejército de zafarrancho de combate. ¿Quiénes pueden ser hoy o en lo adelante los enemigos de la Revolución? ¿Quiénes pueden ser ante este pueblo victorioso, en lo adelante, los enemigos de la Revolución? Los peores enemigos que en lo adelante pueda tener la Revolución Cubana somos los propios revolucionarios.

Es lo que siempre les decía yo a los combatientes rebeldes: cuando no tengamos delante al enemigo, cuando la guerra haya concluido, los únicos enemigos de la Revolución podemos ser nosotros mismos, y por eso decía siempre, y digo,

que con el soldado rebelde seremos más rigurosos que con nadie, que con el soldado rebelde seremos más exigentes que con nadie, porque de ellos dependerá que la Revolución triunfe o fracase. (Castro, "Discurso")

El triunfo de la revolución conlleva entonces a una paradoja: se gana un pueblo, se pierde un enemigo; pero ese lugar vacío debe ser ocupado para que la revolución se consolide.<sup>18</sup> "¿Quiénes pueden ser ante este pueblo victorioso, en lo adelante, los enemigos de la Revolución?", pregunta Fidel al pueblo y en esa misma pregunta se constituye el pueblo, la soberanía del Estado y el enemigo común.

Según Carl Schmitt la identificación del enemigo es el acto soberano por excelencia, el acto que además define lo político.<sup>19</sup> El nombrar al enemigo común es el hecho mismo que construye lo colectivo. Por lo tanto, cualquier suceso que desafíe la legitimación de la soberanía puede ser definido como una situación de guerra: la paradoja es que la soberanía democrática se arroga la facultad de legitimar el ejercicio no democrático del poder, es decir, la violencia de Estado. La construcción de lo "colectivo", que aquí llamaremos también comunidad, está determinado entonces por esta posibilidad.

La comunidad no es un ente natural ni espontáneo. Su construcción depende de una retórica discursiva; se constituye también en el lenguaje. En esta línea de pensamiento, la noción post-gramsciana de hegemonía de Laclau y Mouffe plantea una reformulación de la articulación entre lo universal y lo particular en la cual la universalidad es un horizonte vacío que no puede convertirse en un fundamento positivo (Critchley y Marchart 24). Me interesa especialmente la noción de lo universal como lugar vacío para abordar la representación de la comunidad en estos textos, porque justamente, éstos niegan o bloquean la lógica de la encarnación en la cual un particular se atribuye la representación de lo universal. La negación de la lógica de la equivalencia se da en estos textos por la ironía y

---

<sup>18</sup> Más adelante en el capítulo II trabajaremos con la retórica enunciativa del enemigo que Fidel construye en la pregunta ¿quién?

<sup>19</sup> Susan Buck-Morss toma la definición de lo político de Schmitt y afirma: "To define the enemy is, simultaneously, to define the collective. Indeed *defining the enemy is the act that brings the collective into being*" (9; énfasis del original).

la parodia del sinsentido del discurso político. Así lo expresa el funcionario del cuento de Wilcock “Felicidad” (cuyo título denota una percepción irónica de lo político):

Nada de sentimentalismos, por favor, después de todo, si ha accedido a colaborar con nosotros en una de las páginas de la historia más hermosas, más fervorosas de la Provincia, no es el momento de personalizar sentimientos tan universales como el patriotismo. [...] Frente a la majestad de una Nación, ¿qué es, qué vale la masa anónima que la compone? Cero, ni más ni menos que cero. (105)

Aquí la Patria, el patriotismo, la majestad de una Nación, la masa anónima e incluso la historia se ridiculizan y se vuelven absurdos en la fiesta carnavalesca que sacrifica en la hoguera al “Opositor” del Partido, designado especialmente para que, justamente, exista una oposición ya que todos los opositores han sido exterminados. En Wilcock (como en Lamborghini y Piñera), la estupidez es siempre política y, por lo tanto, opera como mecanismo de desarme de su “encantamiento”, de su pretensión de trascendencia.

¿Puede la literatura, entonces, subvertir la retórica política hegemónica desde un lugar no hegemónico? La literatura de los años sesenta y setenta se encontró acorralada por la política, en una encrucijada que determinó su función en el compromiso y en la exigencia de intervención en el campo social como campo de batalla con la consecuente pérdida de autonomía estética. Como resultado, el peso de una responsabilidad “de obra” creó una tendencia a la “ultrapolitización” que produjo las figuras del intelectual comprometido y del “intelectual armado”.<sup>20</sup> Sin embargo, las escrituras impolíticas de nuestro *corpus* evaden la responsabilidad de la obra, insisten en la proliferación de afectos negativos e improductivos y niegan la correspondencia entre bien y poder.

Como anota Esposito en *Confines de lo político*: “La literatura es la única realidad capaz de huir de la obra, de lo productivo, de lo político, la única actividad realmente *impolítica* en la medida que se encuentra

---

<sup>20</sup> Debo este término a un ensayo presentado por Teresa Basile en el Simposio sobre “Literatura y violencia en América Latina” en la Universidad de California, Irvine en mayo de 2013.

bajo la asechanza de una irrealidad constitutiva” (113). Aquí Esposito alude al humanismo marxista en el cual el hombre se constituye como tal por medio del trabajo y a la idea de la “comunidad desobrada” de Nancy. El ensayo de Nancy comienza con la negación de la utopía marxista, afirmando el desencanto de su fracaso: “El más importante y más penoso testimonio del mundo moderno [...] es el testimonio de la disolución, de la dislocación, o de la conflagración de la comunidad” (Nancy 13), y esto se basa precisamente en la imposibilidad de alguna “intimidad comunal”, o de la transfiguración de sus muertos en “alguna sustancia o en cualquier tipo de sujeto –patria, tierra, o sangre natal, nación, humanidad emancipada o realizada, falansterio absoluto, o cuerpo místico. Está consignada a la muerte como aquello de lo que es, precisamente imposible *hacer obra* [...]” (Nancy 35).

Como señala Jacques Lezra:

[...] totality does not even figure as an analytic device in thought that might lead to the unwrought community. Thus the need for achieving a community of interests – the instruments, if you will, for grasping it – are not reflexively or necessarily related to that community. (135)

En este sentido, no puede haber una esencia, una inmanencia de la comunidad (o la comunidad como inmanencia), ya que no hay un ser común, objetivable y producible, sino que ésta tiene lugar en el “desobramiento”, que es siempre y activamente “inacabada” y sólo tiene en “común” un mito. Nancy marca la relación entre mito y poder, y más específicamente con el “Volk” y el “Reich” en el sentido que le dio el nazismo y afirma que “No volveremos a la humanidad mítica de la escena primitiva, como tampoco volveremos a encontrar lo que pudiera significar la “humanidad” antes del mito ario” (88), porque aquí es precisamente en donde se vuelve necesario el desmantelamiento y la interrupción del mito. El mito constituye una ficción, y si, como afirma Nancy, “no puede haber comunidad fuera del mito” (109), no puede haber tampoco comunidad fuera de la ficción.<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> Nancy afirma que: “El propio romanticismo podría ser definido como la invención del mito fundador, como la conciencia simultánea de la pérdida del poder de ese mito y como deseo

¿Pueden las ficciones de nuestro *corpus* interrumpir el discurso del mito de la comunidad? Propongo leer estas narrativas como anti-representaciones de la comunidad que interrumpen su mito por medio de la sistemática exageración, parodia y “absurdización” de la lógica bélica de lo político. Los tres escritores que analiza este trabajo han sido caracterizados como “marginales”, “menores” (en el sentido de una “literatura menor” como Deleuze identifica a la literatura de Kafka, y que es retomado por Adriana Astutti en *Andares Clancos* para abordar la escritura de Osvaldo Lamborghini); o que en todo caso sólo recientemente han sido recuperados por la crítica. Sus trabajos mantienen con la política una relación que admite una variedad de matices: indirecta la de Piñera, irónica la de Wilcock, provocadora la de Lamborghini. Lo que me interesa explorar aquí específicamente es la relación de estas escrituras con lo *político* según la definición de Schmitt y su relación con la idea de comunidad.

El cruce teórico entre el antagonismo amigo-enemigo y la comunidad nos sirve para demarcar una zona en la cual el lenguaje opera como herramienta de resistencia crítica. Es necesario, entonces, prestar atención a las estrategias literarias de estas escrituras y a sus mecanismos de desmantelamiento de los discursos hegemónicos. Como método de trabajo propongo poner entre paréntesis las filiaciones políticas o las posiciones explícitas o implícitas de estos autores en contra de una determinada ideología política, sin por esto negarlo en absoluto, sino con la intención, casi fenomenológica, de “dejar que aparezcan” –por así decirlo– otras lecturas posibles. Las filiaciones o adherencias políticas e ideológicas de los autores y de los textos serán reconocidas y puestas en suspenso, aunque en este caso no con la intención de buscar una esencia pura e inherente a éstos, sino, por el contrario, de permitir una lectura que tenga en cuenta tanto los contextos originales de producción como sus posibilidades de interpretación en el presente, es decir, mi lectura indaga en su relevancia política contemporánea.

---

de la voluntad de reencontrar este poder vivo del origen [...], la nostalgia poético-etnológica de una primera humanidad *mitante*, y la voluntad de regenerar la vieja humanidad europea por la resurrección de sus más antiguos mitos, y por su *ardiente puesta en escena*: me refiero naturalmente al mito nazi.” (*La comunidad* desobrada 87-88; énfasis en el original).

Las preguntas por las implicancias éticas de mi análisis apuntan necesariamente a las representaciones de lo político y de la idea de “compromiso” que estas escrituras evaden: ¿Cómo interpretar la sistemática negación de la vida en comunidad y la representación de una violencia desbordada e irónica hacia el otro? ¿Qué lecturas éticas son posibles ante la “absurdización” de la dicotomía nosotros-ellos que caracteriza lo político? ¿En qué clave política leer la parodia de la retórica de los discursos hegemónicos que circulan en estos textos? ¿Cómo interpretar la insistencia en los afectos negativos como experiencia de la vida en comunidad?

La categoría de lo impolítico nos proporciona el acceso a estos interrogantes y, espero, a algunas de sus repuestas. Lo fundamental de este abordaje es la posibilidad de cuestionar ciertos supuestos hegemónicos de los años sesentas y setentas de manera crítica, sin incurrir en la “despolitización” o subestimación de los valores que marcaron la esfera cultural y artística con el sello del compromiso político. Lo impolítico nos facilita la distancia necesaria para cuestionar la articulación entre violencia, compromiso, literatura y política; distancia a la vez ideológica y afectiva, que está siempre en peligro de ser obstaculizada por el mismo paradigma bélico que cuestiona: el antagonismo “amigo-enemigo”. Es por eso que la categoría de lo (im)político como abordaje teórico de estos textos representa un esfuerzo crítico por eludir la despolitización, la “sobrepolitización” de la exigencia del compromiso social, y la “ultrapolitización” de una posición de combate de la literatura de la época. De esta manera, como he señalado anteriormente, usaré el paréntesis que a la vez une y separa lo impolítico de lo político, cuando sea necesario, para remarcar la paradoja de este término, su ubicuidad y ambigüedad con respecto a la política y a la literatura.

Lo impolítico, como afirma Esposito, interviene facilitando la percepción de la finitud de la política: “La política no siempre tiene consciencia de su propia finitud constitutiva. Está constitutivamente llevada a olvidarla. Lo impolítico no hace otra cosa que ‘recordársela’” (*Categorías de lo impolítico* 14). Lo impolítico, entonces, afirma que la

política no puede trascenderse a sí misma. Es decir, insiste en que la política tiene un “fin” en el doble sentido de que es finita (limitada) y tiene un objetivo, y por lo tanto, no puede ser “teologizada”. Esta insistencia en la imposibilidad de trascendencia de la política no se traduce sin embargo en una propuesta, en una utopía, en una nueva valoración de la política. “Lo impolítico es crítica del encantamiento” (35), anota Esposito, y es precisamente en este punto en el cual mi lectura alinea los textos del *corpus*: en una crítica (pero una crítica impolítica, es decir, sin propuesta, sin discurso utópico) al encantamiento de la política que determinó la literatura latinoamericana de los años sesentas y setentas.

Este “encantamiento” de la política se tradujo en un imperativo de autoconsciencia que produjo una serie de debates en torno a la función de la literatura en la Revolución. En el volumen *El intelectual y la sociedad* publicado por la editorial Siglo XXI en 1969, que reúne ensayos de Roque Dalton, René Depestre, Edmundo Desnoes, Roberto Fernández Retamar, Ambrosio Fornet y Carlos María Gutiérrez, se plasma este imperativo y se lo extiende más allá de la realidad Cubana, a la latinoamericana. Roque Dalton escribe:

Creo, y si estas palabras van a aparecer impresas alguna vez yo pediría que se subrayaran suficientemente, *que la inserción lógica del intelectual de la revolución está dentro de esa labor que hay que cubrir para hacer aprehensible el paso de la actividad del constructor del socialismo a la conciencia lúcida sobre sí mismo. Se trata* (perdón por la redundancia) *de una “labor elaborativa”, básica para que el proceso de actividad-consciencia tenga una continuidad siempre ascendente en la confrontación con la realidad en transformación.* (19-20; énfasis en el original)<sup>22</sup>

Un año después Siglo XXI publica *Literatura en la revolución y revolución en la literatura* en donde Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa responden al artículo “Encrucijada del lenguaje” del escritor colombiano Oscar Collazos (publicado originalmente en la revista uruguaya *Marcha*).

<sup>22</sup> En el capítulo tres reproducimos una encuesta hecha a Piñera en *La Gaceta de Cuba*, n°85, agosto / septiembre 1970. A la pregunta “¿Cómo definiría usted su obra?” Piñera responde: “En el sentido de la escritura, una *labor acumulativa*. Es cuestión de ir acomodando palabras, las que, según el acierto o desacierto, darán o no la obra literaria” (énfasis mío). Esta “labor acumulativa” ironiza ciertamente a la concepción de “labor elaborativa” de Dalton.

Collazos proclama “la comunión íntima de la realidad con el producto literario” y afirma:

Cuando una sociedad está en vías de construcción (enfrentada a todas las amenazas de un enemigo real, enfrentada todavía a una vieja mentalidad liberal heredada del orden anterior) el significado de las palabras se hace equívoco, los esquemas se destrozan [...]. En una revolución se es escritor pero también se es revolucionario. (37)

Tanto la “labor elaborativa” que debe asumir el intelectual, como la “comunión con la realidad” que debe asumir la literatura son fundamentos ideológicos que constituyen la figura del compromiso como correspondencia entre ética y política; la desconfianza en las palabras se funda en su imposibilidad intrínseca de *transformar* la realidad y de darle sentido, como señala Dalton, a la Revolución.

Las escrituras (im)políticas, sin embargo, comparten como característica común la negación de toda relación entre bien y poder.<sup>23</sup> El poder como representación del bien y la comunidad como metáfora de la plenitud del bien realizado es una distopía en los textos de nuestro *corpus*. Es más: ellos insisten en la violencia, en el “terreno del terror”, lo que Buck-Morss llama el “punto ciego” en el cual el poder está más allá de la ley.<sup>24</sup> Relatos como “La fiesta de los enanos” de Wilcock, o “El niño proletario” y *El fiord* de Lamborghini, construyen la figura del enemigo político como punto de conflicto que personifica lo que la pensadora norteamericana designa como “the absolute political enemy” que amenaza la existencia de lo colectivo, “because it challenges the very notion by which the identity of the collective has been formed. The absolute enemy becomes symbolic of absolute evil, against which no mercy is possible” (Buck-Morss 34). Estos relatos, que ponen en escena la

---

<sup>23</sup> En la lectura de Esposito: “Si existe un punto de evidente convergencia entre los distintos autores impolíticos, por lo menos a partir de Benjamin, está constituido justamente por la negación de *cualquier* tipo de conjunción –inmediata, postergada, providencial– entre bien y poder. El poder no es una representación y tampoco una emanación del bien, y mucho menos un mecanismo dialéctico capaz de extraerlo del mal, de traducir el mal en bien” (*Categorías de lo Impolítico* 15).

<sup>24</sup> Para Buck-Morss, “Modern sovereignties harbor a blind spot, a zone in which power is above the law and thus, at least potentially, a terrain of terror” (3).

violencia despiadada y grotesca de la tortura y la exterminación del otro siempre desde el tono sarcástico y de humor negro, cuestionan de manera irónica los presupuestos bélicos en los cuales se basa lo político. Ironizan (exagerándola grotescamente) la violencia constitutiva de la política propia de los años sesentas y setentas. Es por eso que es imposible leer al sobrino del interior, torturado por los enanos del cuento “La fiesta de los enanos” de Wilcock, o a ¡Estropeado!, violado y asesinado por los niños burgueses del relato “El niño proletario” de Lamborghini, como un enemigo “real” o “realista” (o sea, parte de una estética verosímil). Esta imposibilidad, consecuentemente, crea el alejamiento necesario para poner en cuestión no sólo la jerarquía implícita en el antagonismo, sino el antagonismo en sí, como otro modo de abordar lo político. La representación del enemigo absoluto en tono irónico parodia la operación hegemónica de lo político como identificación y exterminación del otro.

Es desde esta perspectiva que analizo las estrategias de anti-representación de la comunidad de nuestros textos: la soledad profunda de la metamorfosis y el viaje, la abyección exagerada y violenta hacia el otro, el rechazo que producen en el lector los sentimientos desagradables. Estas representan maneras de escapar a la figura del enemigo como abstracción, como posibilidad siempre disponible, como significante vacío. La violencia extrema e irónica hacia un “enemigo absoluto” funciona de manera contraria a la de las ficciones naturalistas del siglo XIX en la cual lo desagradable, lo monstruoso y lo patológico, como lo nota Luz Horne en su libro *Literaturas Reales*, “se inserta en un programa moral y en una utopía científica de saneamiento social” (30). Horne toma como ejemplo un pasaje de *Ficciones Somáticas* de Gabriela Nouzeilles que explica cómo estas ficciones representan una función disciplinaria, un impulso moralizante que “no sólo reproducían los prejuicios y prácticas excluyentes de la sociedad finisecular argentina, sino que ellas mismas constituían una de las variantes de las prácticas discriminatorias” (ctdo. en Horne 30).

Lo monstruoso, lo desagradable y lo abyecto en nuestros relatos no dejan entrever la necesidad de una utopía social o moral que los supere, sino que se parecen (en su función) más bien a lo que Horne llama “realismo despiadado”, que no afianza una mirada biopolítica, sino que

“busca volver a este régimen en contra de sí mismo” (33). Es decir, que no se trata de reproducir el antagonismo propio de lo político desde una propuesta que podríamos denominar pedagógica (o desde una propuesta a secas), sino que justamente se busca desarmarlo, encerrar la lógica a la que pertenece en su propio margen de imposibilidad; pero también sacarlo del terreno de la moral en donde las categorías de amigo/enemigo se confunden con las de bien/mal, borrando así el pluralismo político y transformando al *otro* en enemigo absoluto al que sólo se puede exterminar.

En los relatos de Wilcock, Lamborghini y Piñera lo monstruoso y lo abyecto van acompañados de una proliferación de “sentimientos desagradables” de emociones y afectos que explotan el rechazo estético que produce en los lectores. Este “bestiario de afectos” (Ngai 7) son, por un lado, emociones no catárquicas que no ofrecen sentimientos terapéuticos de purificación o de alivio; y, por el otro, producen una distancia irónica, permitiendo una lectura que las pasiones y los sentimientos grandiosos o más prestigiosos no permiten. Son sentimientos negativos saturados de sentidos y valores socialmente estigmatizados y que, precisamente por ese motivo, pueden ser leídos como interpretaciones que apuntan a un afuera del texto que, además de volver visible diferentes registros de un problema, los reagrupa de forma particular; o como señala Rancière, reconfiguran la distribución de lo perceptible. Estos afectos que pueblan los textos de nuestro *corpus* se producen obstinadamente en lo que podríamos llamar “escenas antagónicas”, en las cuales hay siempre dos situaciones contrarias, generalmente violentas, grotescas y absurdas que están cargadas de sentido político precisamente porque crean un rechazo y una distancia hacia la violencia excesiva. Es decir que, por un lado resulta imposible la identificación positiva del lector con alguno de los polos del antagonismo y, por el otro, pone en cuestión la figura del antagonismo como abstracción.

La manera en que los personajes de estos relatos se infligen torturas y vejaciones a granel se asemeja más a una comedia “slapstick” en donde todos corren alocados pegándose unos a otros, torturándose unos a otros e intercambiando roles de víctimas y victimarios en un ciclo sin fin. Lamborghini lo definió en una frase en *El fiord* “no sé si figuramos en el

libro de los verdugos o de los verdugueados”, y esta afirmación no debe leerse como una muestra de ambigüedad ideológica, sino más bien como una manera de separar moral y política, de no ubicarlo en el registro de la moral, en la lucha entre el bien y el mal.<sup>25</sup> Como lo describe Mouffe: “Now, when instead of being formulated as a political confrontation between ‘adversaries’, the we/they confrontation is visualized as a moral one between good and evil, the opponent can be perceived only as an enemy to be destroyed” (5). El abordaje que propongo explora ciertos modos de desarticular la retórica hegemónica de los sesentas que substituyó la pluralidad y el disenso de la política por la guerra, e impuso a la literatura la función predominante de compromiso político enmarcada en la lógica bélica.

Los afectos negativos que se despliegan en los textos pueden ser leídos como comentario crítico que no se resuelve en una propuesta, o en sentimientos catárquicos que transfieran la carga de violencia y rechazo que producen hacia un resultado “productivo” o moralizante. Es posible leer en los relatos que nos ocupan la mezcla de “excitación y fatiga” que Ngai llama *stuplimity*, una fusión entre la estupidez y lo sublime que “involves comic exhaustion rather than terror” (36). Este humor negro y banal, casi siempre representado como violencia hacia el cuerpo, opera como una forma de extrañamiento y desfamiliarización de los antagonismos propios de lo político y de la política; pero también como testimonio de su irrepresentabilidad.

De esta manera, propongo leer los relatos que nos ocupan por lo que *no* representan, es decir, su negación a narrar la comunidad como totalidad trascendente y su insistencia en afectos y sentimientos negativos e improductivos que interrumpen la acción con una ética de la pasividad

---

<sup>25</sup> Es interesante pensar una analogía de esta frase con el concepto de “zona gris” de Primo Levi, en la cual “the long chain of conjunction between victim and executioner come loose, where the oppressed becomes the oppressor and the executioner appears the victim” (ctdo. en Agamben, *Remnants of Auschwitz* 21). Por supuesto que Levi no intenta igualar las responsabilidades de los nazis con la de los prisioneros de los campos, sino que explora de qué manera esta situación extrema produce un trastocamiento de los valores del bien y el mal.

o de lo indecible. Estas escrituras plantean una no-identificación entre bien y poder “en el doble sentido de que el bien es *representable* por el poder y que el poder puede *producir* bien o también, dialécticamente, transformar el mal en bien” (Esposito, *Categorías de lo Impolítico* 31), ya que precisamente el traslado de lo político al terreno de la moral implicaría un imperativo de lucha contra el mal, en sus diversas metamorfosis sociales e ideológicas. Leer los textos que nos ocupan desde la categoría de lo impolítico nos permite entonces abrir una alternativa a esa moralización de la política propia de una literatura comprometida o contestataria: “Una ideología te propicia para boludeces, pero también para mitos heroicos”, dice Lamborghini, y agrega, sobre “El niño proletario”, “¿por qué salir como un estúpido a decir que estoy en contra de la burguesía? ¿Por qué no llevar a los límites y volver manifiesto lo que sería el discurso de la burguesía? (“El lugar del artista”). La estrategia de no decir “como un estúpido” que se está en contra (o a favor) de una ideología, es precisamente negarle la justificación ideológica o la representación teológica que produce el bien, o que transforma el mal en bien y que propicia la creación de mitos: “la dimensión *esencialmente* representativa: representativa de la esencia” (Esposito 32).<sup>26</sup> Lo que se niega entonces es la operación hegemónica discursiva que implica la universalización de un particular, la cual es constitutiva de la representación de la comunidad como plenitud y del enemigo como encarnación del mal.

Este trabajo identifica por un lado las estrategias que vuelven absurda la dicotomía amigo-enemigo en el terreno de la moral, y por el otro, las anti-representaciones de la comunidad *como estrategias impolíticas*. Quiero aclarar que mi análisis intenta buscar otras vías de interpretación de la política alejándolas de una lectura moralizante; tal vez hoy más que nunca es necesaria una lectura de este tipo, cuando tanto la retórica como la acción política bélica parecen encontrar su esencia en los significantes

---

<sup>26</sup> Esposito traza una analogía de la representación en el modelo religioso y el político. Anota: “[...] las variantes experimentadas en el siglo XIX y XX por los gobiernos representativos occidentales no modifican la esencia del principio representativo, que sigue siendo aquella – todavía y siempre– ‘teológico-política’ de una unidad constituida por una trascendencia de lo que representa respecto de lo que es representado” (*Categorías de lo impolítico* 118).

vacíos de la dicotomía bien vs. mal. Las escrituras impolíticas de nuestro *corpus* parecen estar de acuerdo con la observación que Hannah Arendt escribe en una carta a Karl Jaspers: “I’m more than ever of the opinion that a decent human existence is possible today only in the fringes of society, where one runs the risk of starving, or being stoned to death. In these circumstances, a sense of humor is a great help” (29). Los relatos que analizamos aquí exploran precisamente este sentido del humor en la teatralización de la violencia extrema y grotesca, con la estrategia de hacer visible y decible una narrativa de lo político que muestra en la ficción el terror de lo real. Ponen “sobre la mesa” los afectos y sentimientos negativos (parodiados, ironizados) que constituyeron los fundamentos de la lógica bélica que legitima su poder en la exterminación del enemigo absoluto. Interrumpen e intervienen en esa lógica *como* ficción en el doble sentido de ser ellos mismos ficción y de practicar la ficcionalización lo político. De esta manera, las escrituras (im)políticas simulan la estrategia de la política y vuelven explícita la naturaleza artificial de su representación.

Los enanos de Wilcock que dibujan una carita con una sonrisa en la piel del sobrino del interior chamuscada por el punzón caliente mientras cantan una canción y le sellan los párpados con goma de pegar; o el tono de comedia *slapstick* de los personajes de *El fiord* de Lamborghini que se violan y se torturan unos a otros en el nacimiento del bebé de Carla Greta Terón, o los personajes de Piñera mascando chicle, jugando canasta, y desapareciendo de la tierra en capuchones inflados: todos componen el personaje frente a los lectores, nos dejan ver los hilos detrás del escenario, nos gritan una y otra vez desde el coro para volver evidente la ilusión de la política, que vestida de fajina golpea la puerta de la literatura ofreciéndole la promesa de la Historia para que se comprometiera.